

ENRIQUE ESPINOZA

## Gabriela Mistral y el espíritu de la Biblia

DESDE Sor Juana Inés de la Cruz no se había dado en las letras hispanoamericanas otra poetisa de un misticismo tan manifiesto en el sentido clásico de la palabra.

Ocioso resulta establecer la distancia que media entre la formación erudita de la humilde monja del México y el instinto maravilloso de la soberbia maestra chilena.

Un profesor español, discípulo de Unamuno, don Federico de Onís, presentó el primer libro de Gabriela Mistral, *Desolación*, a la mayor parte del mundo hispánico en Nueva York, la ciudad en donde había de morir su autora un tercio de siglo más tarde, asistida por una devota hispanista: Doris Dana.

Es algo que no debe olvidarse para explicar la perfecta parábola de aquella insigne vida literaria. Porque a la postre, la pequeña Lucila Godoy de Montegrande se convirtió en una verdadera Dama de Elqui (perdón por este juego inocente) antes de conocer el Estocolmo académico, a raíz del Premio Nobel.

Esta leyenda es la que nos conviene recoger con su voz, impidiendo en toda forma que al mito se sobreponga la historia real. Porque no sólo Chile ha ganado inmenso prestigio con esta mujer extraordinaria, sino el mismo idioma español, que aún hablan millones de hombres, para decirlo con Rubén Darío, su máximo genio contemporáneo y tal vez el más universal.

La mujer con nombre de arcángel y apellido de viento ha vuelto a reanudar en el extremo austral de nuestra América una tradición nacida en Sor Juana Inés de la Cruz.

El aporte inicial, definitivo, de la poetisa chilena data desde sus *Sonetos de la muerte*, amén de otros, entre los que se cuentan los de Ruth y los menos notables de *La sombra inquieta*.

Esto lo vió Alone antes que nadie al decir en el primer artículo que consagró a su obra:

“Hebrea de corazón, tal vez de raza, —dejo que el problema lo resuelvan etnólogos e investigadores—, el genio bíblico traza su círculo en torno de Gabriela Mistral y la define”.

Después de Alone lo han repetido muchos críticos menores.

En verdad, resulta evidente desde *Desolación* hasta *Lagar*, pasando por *Tala*.

Me limitaré a ilustrarlo con algunas líneas fragmentarias de los *Nocturnos de Tala*: el de la derrota y el de la consumación.

En el primero canta en su eterno metro de himno:

*Yo nací de una carne tajada  
en el seco riñón de Israel,  
Macabea que da macabeos  
miel de avispa que pasa a hidromiel...*

Y en el segundo *Nocturno*, el dedicado a Waldo Frank, insiste:

*Voluntad de quedar en la tierra  
mano a mano y mudez con mudez,  
despojada de mi propio padre;  
¡rebanada de Jerusalem!*

Bastan una cuantas líneas de Gabriela Mistral, en las que habla de igual a igual con el Dios de la Venganza, para dar idea de su poesía. Ella encaja dentro de una tradición inconfundible: la misma de Walt Whitman y a ratos de Pablo Neruda. Porque, pese a todas las consignas, este último es también cosmopolita.

Ya en su primer libro Gabriela Mistral tiene un *Canto al pueblo hebreo* con motivo de las primeras matanzas de Polonia en este aciago siglo veinte:

*Raza judía, carne de dolores,  
raza judía, río de amargura,  
como los cielos y la tierra, dura  
y crece aún tu selva de clamores.*

En la segunda parte de su obra. Gabriela Mistral pretende ser ante todo americanísima; pero apenas lo consigue a fuerza de nombres geográficos. La constante de su poesía sigue siendo el espíritu de la Biblia. *Mujer del Viejo Testamento*, impresiona como tal hasta el fin.

¿Cómo llega Gabriela Mistral a identificarse con el verbo llameante de los profetas? Dicen que de niña oyó leer los Salmos domingo a domingo en su propia casa. Se habla también del probable origen sefardí de una de sus abuelas, apellidada Villanueva. Que llevara o no unas gotas de sangre judía en sus venas tiene poca importancia. El conocimiento temprano del Rey Salmista importa y mucho. Hay escritores de indudable ascendencia hebrea que no tienen nada que ver con el espíritu de la Biblia. Otros, en cambio, ajenos por completo a la raza de Cristo, lo adquieren de manera intensa, como es notorio en más de un poeta inglés antiguo o contemporáneo.

Sea como sea, el camino hacia el espíritu de la Biblia no fué para Gabriela Mistral del todo fácil, abierto, llano. Hizo mucha lectura circunstancial y nefasta para un temperamento menos rico que el suyo. En cada uno de nuestros países había en los años de su formación intelectual un Nietzsche criollo. El de Colombia llamábase José María Vargas Vila y ejercía su influencia magistérica en todos los rincones del continente. La maestra chilena fué víctima de aquel sucedáneo nietzscheano antes de abandonar el valle de Elqui.

Después, no tardó en descubrir del lado argentino a quien firmaba olímpicamente Almafuerte y era por cierto, superior. Tuvo por último relación epistolar con Amado Nervo y conoció en buenas traducciones españolas a Rabin-dranath Tagore.

Pero mucho más hicieron para ponerla sobre la verdadera pista evangélica los grandes escritores rusos, desde Tolstoi hasta Gorki. No menos le sirvieron en otro sentido los grandes prosistas hispanoamericanos del siglo pasado: Sarmiento, Montalvo, Martí.

En México Gabriela Mistral dió muestras de ser ella misma ya en la selección de lecturas que hizo para las mujeres de aquel país.

Claro que a medida que fué creciendo su fama quiso borrar las huellas de su pasado, empezando por su seudónimo. Este provenía del arcángel Gabriel y del viento Mistral en vez del apellido de quien escribió *Mireya* y del nombre de quien compuso los *Laudi*.

Asimismo, convirtió en mera fantasía el episodio del ferroviario suicida en Coquimbo, al que aludiera repetidas veces en sus versos. Y hasta terminó por hacer confusamente católico su teosofismo inicial para sumarse a los llamados socialcristianos en boga después de la conversión de Jacques Maritain y su mujer.

Pero a lo largo de sus días Gabriela Mistral se sintió extranjera en todas partes, sin excluir su propio país.

"Yo con mi cuerpo de Sara vieja", exclama en su *Canto al pan*, dirigido a Teresa y Enrique Diez-Canedo, al promediar la década del treinta, en Madrid.

Fué cuando la vi por vez primera en un Congreso de bibliotecarios que se realizó en la capital española.

Gabriela Mistral había encarnado hasta en su persona el espíritu de la Biblia.

No bien doblara el cabo de la cuarentena, se hizo para siempre la Sara vieja y a todo joven escritor tratábalo como a un adolescente Benjamín.

En Madrid, donde me fué muy útil en muchos consulados, recuerdo que lloró amargamente al enterarse que en Santiago se había publicado un libro sobre ella con el título de *La divina Gabriela*.

Por broma le recordé un verso circunstancial de Lugones para D'Annunzio:

*el divino Gabriel del ojo herido.*

—Es un solo verso contra todo un libro que me pone en ridículo, alegaba incontentible.

Su leyenda empezaba. Y no había nada que hacer. Antonio Machado se muestra por entonces resignado con la suya en Juan de Mairena; pero ella quiere trazársela sólo a su medida.

*Todas íbamos a ser reinas*, cantó después cuando el trato mismo de la gente le hace comprender que era una y de veras por derecho propio.

Volvió a verla en 1938 en la Sociedad Hebraica Argentina de Buenos Aires, donde dió una conferencia en torno a su formación bíblica, precisamente.

En una larga conversación me confió entonces que un amigo chileno a cuya familia sentíase a tal punto unida que cuando iba a Santiago alojaba ella en su casa, le regaló los Protocolos de Sión como para disuadirla de su apego al pueblo de Israel.

—¡Pensar que un hombre que me aprecia puede dar crédito a tales ineptias policíacas!—, decíame indignada.

Se trataba, en efecto, de un alto funcionario del Ministerio de Relaciones, que ganado por las ideas racistas de Hitler, infligió todo el daño que pudo a los judíos de Chile bajo el gobierno de Alessandri.

Sin embargo, este funcionario fué quien más trabajó en favor del Premio Nobel para Gabriela Mistral.

Podría subrayar un par de paradojas más, igualmente crueles; pero lo dejo para otra oportunidad.

Es preciso hacer un recuento muy minucioso de las relaciones de Gabriela — a ella sí el pueblo de Chile la llamó así hasta el fin— con la gente de Israel, cuya repetida invitación no pudo aceptar por razones diplomáticas.

Ojalá un poeta israelí traduzca un día el espíritu bíblico de sus poemas principales al hebreo y tenga presente todas las circunstancias de su muerte en Nueva York, la ciudad más poblada de judíos del mundo, así como su entrada al hospital de Hempstead con el disco de Kol Nidre, esa melodía que la acompañó casi toda la vida, según el testimonio de González Vera.

Tal vez alguien pueda decir entonces lo que el general Yadin expresó a propósito de los *Himnos de acción de gracias*, que él “duda de que ninguna otra lengua, a no ser el hebreo original, pudiera transmitir la profunda emoción y la belleza espiritual de estos versos”.